

CONSTRUIR LA RAZA Y ENCONTRAR
UN LUGAR EN EL ORLANDO
PUERTORRIQUEÑO

Patricia Silver

Resumen

Este artículo explora las diferentes memorias de la experiencia racial que los puertorriqueños llevan a Orlando, Florida, desde Puerto Rico y desde otras comunidades diaspóricas del norte de Estados Unidos. Posteriormente examina cómo la oposición binaria racial entre negros y blancos en la historia de Orlando ha afectado la recepción de los puertorriqueños y cómo estos han utilizado discursos raciales históricos para crear un espacio para sí mismos en los mundos sociales, políticos y económicos de Orlando.

Palabras clave: memoria racial, diáspora, comunidad política

Abstract

This article explores the different memories of racial experience that Puerto Ricans bring to Orlando, Florida, from Puerto Rico and from northern diasporic communities. It then looks at how the black-white racial binary of Orlando history has affected how Puerto Ricans have been received and how they have used historical racial discourses to create a space for themselves in the social, political, and economic worlds of Orlando.

Keywords: racial memory, diaspora, political community

CONSTRUIR LA RAZA Y ENCONTRAR UN LUGAR EN EL ORLANDO PUERTORRIQUEÑO*

Patricia Silver

¿Cómo entender estos enredos de un sur conformado por una oposición binaria histórica entre negros y blancos, la segregación de-jure y el racismo de-facto, y un sur extendido hacia los flujos transnacionales de cuerpos, culturas y capital? En el sur contemporáneo, ¿quién puede invocar y formar parte de su pasado y para qué fines? ¿Cómo pueden y deben las interpretaciones de la historia sureña afectar las acciones presentes y quién puede acceder a estos significados para interpretar e intervenir en el presente?¹

La latinización del sur de los Estados Unidos se ha convertido en objeto de una bibliografía creciente que examina los cambios económicos, políticos, sociales y culturales en el

*Agradezco a las siguientes organizaciones por el apoyo financiero: el Consejo de Humanidades de la Florida, la Universidad de la Florida Central y el Centro de de Estudios Puertorriqueños de Hunter College, CUNY. También estoy muy agradecida a las siguientes personas, cuyos comentarios sobre múltiples versiones de este artículo lo mejoraron grandemente: Arlene Torres, Simone Delerme, Jorge Duany y tres evaluadores anónimos. El ensayo fue traducido al español por Jorge Duany. Una versión en inglés de este artículo se publicará próximamente en *Southern Cultures*, [www.southerncultures.org].

¹ Jamie Winders y Barbara Ellen Smith, "New Pasts: Historicizing Immigration, Race, and Place in the South", *Southern Spaces*, 4 de noviembre de 2010. [<http://www.southernspaces.org/2010/new-pasts-historicizing-immigration-race-and-place-south>], consultado el 20 de febrero de 2012.

sur en décadas recientes. Los debates sobre migración, asimilación y resistencia se refieren frecuentemente al pasado codificado bi-racialmente del sur y sus implicaciones para lo que Raymond Mohl ha llamado el “Nuevo New South”.² Para Mohl y otros estudiosos, la inmigración de hispanos³ en el sur de los Estados Unidos plantea preguntas significativas sobre cómo las nuevas formas de la diáspora en nuevos lugares desafían los paradigmas existentes para leer las dinámicas sociales. En particular, las construcciones históricas de la raza como una oposición binaria entre negros y blancos en el sur de los Estados Unidos dejan a un lado tanto a los residentes recién llegados como a los establecidos desde hace tiempo para leer su realidad contemporánea.

Para examinar esta dinámica en un caso particular, este artículo se enfocará en la racialización de la población puertorriqueña en Orlando, Florida. En *Racial Situations*, John Hartigan, Jr., ha planteado la importancia de pensar sobre la raza en función de “los contextos locales en que se articulan, reproducen y disputan en la práctica, resistiendo el impulso de sacar conclusiones abstractas sobre la blancura y la negritud”.⁴ Propongo aquí que las particularidades del

² Raymond A. Mohl, “Globalization, Latinization, and the Nuevo New South”, en Pippa Holloway (ed.), *Other Souths: Diversity and Difference in the U.S. South, Reconstruction to Present*. Athens, University of Georgia Press, 2008, pp. 408-442. Para más información sobre los hispanos en el sur de los Estados Unidos, véase Mary E. Odem y Elaine Lacy (eds.), *Latino Immigrants and the Transformation of the U.S. South*. Athens, University of Georgia Press, 2009; Heather A. Smith y Owen J. Furueth (eds.), *Latinos in the New South: Transformations of Place*. Burlington, Ashgate, 2006; y José María Mantero, *Latinos and the U.S. South*. Westport, Praeger, 2008.

³ La preferencia por los términos “hispano” o “latino” es tema de mucho debate; aunque prefiero el término “latino” porque pienso que abarca más plenamente a los diversos pueblos de origen latinoamericano que residen en Estados Unidos, el uso más común en la Florida es “hispano”, por lo que adoptaré su uso en este artículo.

⁴ John Hartigan, Jr., *Racial Situations: Class Predicaments of Whiteness in Detroit*. Princeton, Princeton University Press, 1999, p. 4. Pueden encontrarse más argumentos subrayando la importancia de “la localidad y la región” en la discusión de David L. Carlton sobre el legado de John Shelton Reed en “Rethinking Southern History”, *Southern Cultures*, vol. 7, no. 1, 2001, pp. 38-49. Para más información sobre el sur contemporáneo, véanse, por ejemplo, Carl L. Bankston, “New People in the New South: An Overview of

lugar, leídas tanto desde el presente como del pasado, son un componente clave para entender cómo los códigos raciales se redibujan en el sur contemporáneo.

De primera instancia, la selección de los puertorriqueños en Orlando puede parecer un estudio de caso extraño para explorar el impacto de las nuevas poblaciones hispanas en las formaciones sociales y culturales del sur de los Estados Unidos. El pasado español de la Florida se combina con la presencia de varias décadas de los cubanos en ese estado para sugerir que el fenómeno reciente de la latinización del sur no es nada nuevo. Más aún, ni la Florida ni Orlando suelen considerarse como “típicamente” sureños y los puertorriqueños no se mencionan frecuentemente en la bibliografía sobre los hispanos en el sur de los Estados Unidos.

Sin embargo, una reseña de la historia de la Florida apunta hacia varios puntos de referencia del sur de los Estados Unidos desde la Guerra Civil en adelante. La Florida fue uno de los primeros estados en unirse a la Confederación y luego en imponer las leyes de Jim Crow.⁵ Otros marcadores incluyen la transición más reciente de una economía rural, la sobre-representación de las bases militares en el estado, una historia de violencia racial y luchas por los derechos civiles y una política conservadora.

A lo largo de las últimas décadas, el sur de los Estados Unidos también ha estado marcado por un cambio demográfico de un pasado bi-racial a un presente multicultural y el crecimiento de las poblaciones hispanas ha sido una parte importante de este cambio. De las 18 principales áreas metropolitanas donde se asentaron los hispanos en Estados Unidos entre 1980 y 2000, casi dos tercios de estas estaban en el sur y cuatro en la Florida. Entre estas últimas, Orlando llevó la delantera

Southern Immigration”, *Southern Cultures*, vol. 13, no. 4 (2007), pp. 24-44; Eric Bates, “Beyond Black and White”, *Southern Exposure*, vol. 22, 1994, pp. 10-15; y Jamie Winders, “Re-Placing Southern Geographies: The Role of Latino Migration in Transforming the South, Its Identities, and Its Study”, *Southeastern Geographer*, vol. 51, no. 2, 2011, pp. 342-358.

⁵ Las leyes de Jim Crow (1876-1965) fueron leyes estatales y locales que requirieron la segregación racial *de jure* en todas las instalaciones públicas de los estados sureños que formaron parte de la Confederación, incluyendo escuelas, autobuses, baños, restaurantes y fuentes de agua (Nota del Traductor).

por mucho.⁶ Según el Censo de Estados Unidos, entre los años 2000 y 2010, la población de la Florida creció de 15,982,378 a 18,801,310 y el 55 por ciento de este crecimiento se debió a la población hispana.⁷ El crecimiento demográfico registrado en el 2010 le ganó al estado dos nuevos escaños en el Congreso de Estados Unidos y la política racial fundamentada en interpretaciones de la Ley de Derechos Electorales de 1965 fue un factor significativo, cuando la legislatura de la Florida elaboró nuevas líneas de representación en el 2011.

Por lo menos uno de estos nuevos distritos está señalado para la Florida Central, donde se encuentra Orlando y donde los puertorriqueños han constituido la mayoría de la población hispana por unos veinte años. La Florida, y específicamente la región de la Florida Central, se ha convertido en el destino más frecuente para los migrantes puertorriqueños en Estados Unidos y esta preferencia está cambiando lo que significa la latinización en la Florida. Aunque el poder político de los cubanos sigue vigente en la Florida, la creciente importancia de la Florida Central para los resultados políticos en el estado le ha otorgado un margen indudable a los puertorriqueños.

LA “PUERTORRIQUEÑIZACIÓN” DE ORLANDO A TRAVÉS DE HISTORIAS LOCALES

En un taxi camino al aeropuerto de Orlando en el 2006, el conductor y yo tuvimos una conversación que comenzó cuando me preguntó adónde me dirigía y le contesté “a Puerto Rico”. Al pasar por un vecindario en la ruta hacia el aeropuerto, el conductor comentó que se acordaba cuando “toda esta área se hizo puertorriqueña de la noche a la mañana”. Su frase

⁶ Roberto Suro y Audrey Singer, *Latino Growth in Metropolitan America: Changing Patterns, New Locations*. Washington, D.C., Brookings Institute, 2002, citado en Smith y Furuseth, *op. cit.*, p. 8. Las cinco mayores áreas metropolitanas en cuanto a la proporción de hispanos dentro de la población total incluyen Las Vegas, Nevada (21 por ciento); Fort Worth, Texas (18 por ciento); Orlando (17 por ciento), Fort Lauderdale (17 por ciento) y West Palm Beach (12 por ciento), las últimas tres en la Florida.

⁷ U.S. Census 2000 Summary File 1, U.S. Census 2010 Summary File 1, generados por Patricia Silver utilizando American FactFinder. [<http://factfinder.census.gov>], recuperados el 20 de enero de 2010.

enfaticaba su perspectiva personal de lo que yo sabía sobre las cifras de los censos de 1990 y 2000. A partir de la década de 1980 y más intensamente durante la década de 1990, la población puertorriqueña en Orlando creció dramáticamente. De hecho, mi posición docente en la Universidad de la Florida Central se debió en parte a los datos censales del 2000, que confirmaron a los hispanos como la nueva minoría mayoritaria y a los puertorriqueños como la principal mayoría dentro de la población hispana en la Florida Central. Mi investigación previa en Puerto Rico resultó ser un factor favorable cuando solicité un puesto a un departamento de antropología localizado en una ciudad que “se había hecho puertorriqueña de la noche a la mañana”.

La “puertorriqueñización” de Orlando fue solo uno de muchos cambios que han afectado al área en rápida sucesión desde la apertura de Disney World en 1971. A pesar de la aparente novedad de Orlando y el recordatorio ubicuo de su economía turística global, su pasado no muy distante, rural y sureño, aún es aparente. El historiador del sur, James Cobb, ha planteado que

... a pesar de los datos estadísticos contemporáneos que documentan la convergencia regional y la evidencia física provista por los rascacielos, el desparramamiento suburbano y las autopistas entrecruzadas, aún no he encontrado a nadie que se haya mudado al sur o fuera de él y que no haya percibido que, para bien o para mal, vivir aquí era diferente de vivir en otras partes del país.⁸

En Orlando, me encontré efectivamente con el desparramamiento suburbano y las autopistas entrecruzadas desde las que podía ver los rascacielos en el horizonte del centro de la ciudad. También me encontré con un sentido diferente de los espacios del norte donde había vivido la mayor parte de mi vida. En las interacciones diarias que observé a mi alrededor, reconocí las señales culturales asociadas en la bibliografía con las relaciones sociales en el sur: la presencia palpable de Dios

⁸ James Cobb, *Away Down South: A History of Southern Identity*. New York, Oxford University Press, 2005, pp. 336-337.

en la vida diaria; la mezcla de intimidad y distancia en las interacciones personales; la manera en que un dependiente de una tienda local 7-11 siempre me llamaba “corazón” (*sweetie*). ¿Qué quería decir todo esto, me preguntaba, para la identificación cultural de los puertorriqueños en este nuevo espacio diaspórico?⁹

Desde el 2007, he estudiado la formación de la comunidad puertorriqueña en Orlando para documentar y articular las transformaciones sociales y culturales que han acompañado al cambio demográfico. Gran parte de los datos presentados en este artículo proviene de una colección de entrevistas de historias orales, realizadas entre el 2008 y el 2009, para un proyecto que co-dirigí mientras estaba en la Universidad de la Florida Central.¹⁰ El proyecto, titulado “Los puertorriqueños en la Florida Central desde la década de 1940 hasta la década de 1980: una historia”, buscaba descubrir, reconocer y enseñar la profundidad de la historia puertorriqueña del área. La documentación sobre esta historia es escasa, por lo que el proyecto se denominó “una historia” para subrayar que era un primer esfuerzo por recoger relatos de un pasado hasta entonces desatendido.

⁹ Me refiero a identificación cultural en vez de identidad cultural porque el término “identificación” acomoda mejor el dinamismo de los procesos culturales. Véase Rogers Brubaker y Frederick Cooper, “Beyond ‘Identity’”, *Theory and Society*, vol. 29, no. 1, 2000, pp. 1-47. Para más detalles sobre la historia y la identificación cultural del sur, véase Carlton, *op. cit.*; Cobb, *op. cit.*; Carl Degler, *The Other South: Southern Dissenters in the 19th Century*. Gainesville, University Press of Florida, 2000; Larry J. Griffin, “The Promise of a Sociology of the South”, *Southern Cultures*, vol. 7, no. 1, 2001, pp. 50-75; John Shelton Reed, *One South: An Ethnic Approach to Regional Culture*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1982. Véase también C. Vann Woodward y William E. Leuchtenburg (eds.), *The Burden of Southern History*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 2008, especialmente C. Vann Woodward, “The Search for Southern Identity”, pp. 3-26.

¹⁰ El proyecto fue financiado por el Consejo de las Humanidades de la Florida y el Centro de Estudios Puertorriqueños de Hunter College y estuvo afiliado al Laboratorio de Etnografía Digital y el Centro para la Investigación y Creación en las Artes, la Tecnología y el Entretenimiento (CREATE) de la Universidad de la Florida Central. La co-directora del proyecto fue la doctora Natalie Underberg. Las grabaciones digitales y otros documentos del proyecto están depositados tanto en el Centro de Historia Regional del Condado de Orange en Orlando como el Centro de Estudios Puertorriqueños de Hunter College en Nueva York.

Como sugiere el título del proyecto, las historias orales se enfocaron en las experiencias de los puertorriqueños que llegaron a la Florida Central entre las décadas de 1940 y 1980. En total, alrededor de 75 personas nacidas en Puerto Rico o de ascendencia puertorriqueña participaron en el proyecto. Los participantes en la investigación respondieron a anuncios en los medios y crecieron en número mediante el muestreo de bola de nieve, ya que a menudo un participante refería a otro al equipo de investigación. Las entrevistas fueron abiertas porque queríamos que los mismos participantes identificaran lo que era significativo para la historia y experiencia de los puertorriqueños en Orlando y el área circundante. La investigación privilegió las experiencias y memorias de los puertorriqueños porque estas habían sido una parte silenciada de la historia de Orlando hasta hace poco. Para este artículo, he hecho referencia a las memorias de los afroamericanos y los blancos en Orlando y la Florida, basándome en observaciones de vistas públicas para propósitos de rediseñar los distritos electorales, informes periodísticos y la obra de Benjamin Brotemarkle, *Crossing Division Street: An Oral History of the African-American Community in Orlando*.¹¹

Sin negar el papel importante de Walt Disney en el crecimiento de la población de la Florida Central, tanto puertorriqueña como de otros orígenes, es importante reconocer otros senderos que llevaron a los puertorriqueños a Orlando.¹² Por las historias orales, supimos que mucho antes de que Orlando llamara la atención de Disney, las instalaciones militares estadounidenses que aumentaron en la Florida durante la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Corea y la Crisis de los Misiles en Cuba atrajeron a los puertorriqueños al estado. Un participante en el proyecto, nacido en Puerto Rico, Ernesto Peña Roque, fue uno de esos soldados y grabó en su memoria despertarse la pri-

¹¹ Cocoa, Florida Historical Society Press, 2005.

¹² Los nombres citados en el texto siguiente son los nombres reales de los participantes en el proyecto, siguiendo sus peticiones. Para más detalles, véase Jorge Duany y Patricia Silver, "The 'Puerto Ricanization' of Florida: Historical Background and Current Status", *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies*, vol. 22, no. 1, 2010, pp. 4-31. En el mismo número de *CENTRO*, véase también Patricia Silver, "'Culture Is More than Bingo and Salsa': Making *Puertorriqueñidad* in Central Florida", pp. 56-83.

mera mañana en la Florida, escuchar los pájaros y decidir en ese momento que regresaría a vivir allí. Lo hizo en 1973 y ahora tiene una numerosa familia extendida en el área de Orlando. Esta historia se repitió continuamente a medida que los ex soldados puertorriqueños, anteriormente destacados en la Florida, regresaron a vivir allí. Como Peña Roque, muchos de los que llegaron luego recibieron a otros miembros de sus familias.

Un incentivo para los puertorriqueños, tanto militares como civiles, para mudarse a la Florida Central fue la especulación sobre terrenos que comenzó en la década de 1960. Los desarrolladores de bienes raíces en la Florida promocionaron activamente sus solares en Puerto Rico y otros lugares donde muchos puertorriqueños –particularmente en Nueva York, Chicago y las bases militares estadounidenses alrededor del mundo– se sintieron atraídos por el clima cálido. A medida que crecía la población hispanohablante, también crecía la demanda de maestros, personal médico y otros capaces de responder a las necesidades de esa población.

Probablemente el comentario más frecuente que escuchamos en las historias orales fue una referencia a los cambios en el paisaje de Orlando. Una persona tras otra entre los puertorriqueños que habían estado en Orlando antes de que “se hiciera puertorriqueño de la noche a la mañana” señalaban una u otra vía pública principal y la describían como una calle de dos carriles con naranjales a ambos lados. Es decir, que la “puertorriqueñización” del área de Orlando ha ocurrido junto al cambio económico de la Florida Central de los naranjales al turismo y la tecnología.

Mientras escuchaba cada vez más cuidadosamente las historias orales que recopilamos, surgieron nuevas preguntas. Aunque me fascinaba personalmente la historia pre-Disney de Orlando, también me llamó la atención lo que parecía ser un deseo de borrar esa historia por parte de muchos residentes establecidos. Un día, mientras una amiga y yo observábamos cómo se demolía un centro comercial cuyas características arquitectónicas eran de la década de 1960 para dar paso a una nueva hilera de tiendas al estilo del nuevo urbanismo, hice un comentario sobre la destrucción de la historia que estábamos presenciando. “Ya era hora”, dijo mi amiga en respuesta.

La década que vimos demoler simbólicamente fue en Orlando, así como en otros lugares del sur, un campo de ba-

talla donde finalizaron las prácticas de Jim Crow, al menos legalmente. La historia de la Florida y el Orlando de esa época está llena de violencia racial. La imagen se agudiza al considerar que Orlando también estaba en las trincheras donde los “Blue Dog Democrats” del norte de la Florida se enfrentaron políticamente a los recién llegados al sur de la Florida por motivo de la desegregación. En el centro de la lucha se encontraba la colisión entre el deseo de la mayoría de los blancos de mantener las “relaciones raciales tradicionales” y las demandas sociales de la nueva economía de servicio en proyección, ya que Walt Disney rehusó considerar localizarse en un área plagada de conflicto racial.¹³

Walt Disney fue persuasivo. Los dramáticos cambios en la economía y demografía de la Florida Central desde la apertura de Disney World han transformado a Orlando, de un pueblo bi-racial a una ciudad multirracial, en pocas décadas. La ciudad se ha convertido en un destino primario para visitantes y migrantes de alrededor del mundo. A juzgar por las caras de la gente en la calle, parece claro que la historia de la segregación racial de Orlando, dividida entre negros y blancos, ha dado paso a un multiculturalismo moderno e incluso posmoderno.

Cada vez más consciente de esta yuxtaposición entre la historia local de Orlando y la historia de la migración puertorriqueña, empecé a releer los datos recopilados a partir de las siguientes preguntas: ¿Cómo engranan las memorias raciales que han llevado los puertorriqueños a Orlando con las memorias raciales de los que estaban presentes allí anteriormente? ¿Cómo difieren las memorias raciales de los puertorriqueños que llegan al área de Orlando directamente desde Puerto Rico y los que llegan desde comunidades diaspóricas

¹³ David R. Colburn, *From Yellow Dog Democrats to Red State Republicans: Florida and Its Politics since 1940*. Gainesville, University Press of Florida, 2007, p. 53. El término “Blue Dog Democrats” se refiere a los demócratas de la Florida, principalmente en la región del norte, que empezaron a votar por el Partido Republicano durante este período porque se sentían “sofocados hasta ponerse azules” por el lanzamiento de la Ley de Derechos Civiles de 1964 y la Ley de Derechos Electorales de 1965, por parte del gobierno federal (p. 58). Ante las presiones federales hacia la desegregación, los demócratas de la Florida se conocieron frecuentemente como “Yellow Dog Democrats” porque “votaban por un perro feo amarillo antes que un republicano” (p. 6).

en el norte de los Estados Unidos? ¿Y qué significa esto para el futuro racial de Orlando?

Las entrevistas de historias orales no se realizaron con tales preguntas en mente. De hecho, cuando los entrevistadores les preguntaron acerca de la raza a los puertorriqueños en Orlando, sus respuestas fueron a menudo desdeñosas, ya que los entrevistados cambiaban el tema rápidamente. Los participantes que habían estado en Orlando desde la época de la segregación no reconocieron ninguna dificultad personal, lo cual revela su identificación como blancos. Los que llegaron después se enfocaron más en los asuntos del idioma y en la ignorancia de los residentes establecidos que no sabían que los puertorriqueños eran ciudadanos estadounidenses de nacimiento. Sin embargo, las memorias puertorriqueñas de la experiencia racial en Puerto Rico, Nueva York y la Florida sí surgen de la colección. En investigaciones y entrevistas etnográficas subsiguientes, he tratado de entender de manera más activa cómo los puertorriqueños de la Isla y la diáspora han construido su propio espacio dentro de las dinámicas raciales de la Florida Central.

EL “NUEVO ORLANDO”

Poco después de mi llegada a la Florida Central en el 2006, el *Orlando Sentinel* publicó una serie ocasional titulada “The New Orlando”. Su foco de atención eran los cambios demográficos del área metropolitana de Orlando. El texto racial subyacente de los artículos describía una comunidad multiétnica y multiracial emergente, destacando el crecimiento de las poblaciones hispánicas y negras. Un artículo publicado el 1 de enero de 2006, “It’s Very Much a New Orlando”, citaba a un hombre afroamericano de 80 años de edad que hablaba sobre los cambios que había presenciado: los empleos para afroamericanos más allá de la industria de cítricos y el final del requisito de un pase de trabajo para que los afroamericanos pudieran cruzar de la sección negra a la blanca de Orlando al caer la noche.¹⁴ Un mes después, un artículo del 5 de febrero se enfocó en los puertorriqueños, el

¹⁴ Nin-Hai Tseng, “It’s Very Much a New Orlando”, *Orlando Sentinel*, 1 de enero de 2006, p. 3.

cual proyectaba que para el año 2020 una tercera parte de los residentes de Orlando serían hispanos y describía los esfuerzos actuales de los puertorriqueños “para encontrar su lugar entre dos culturas”.¹⁵

La serie fue una respuesta a los datos censales del 2000 que se divulgaban de formas cada vez más complejas. El último artículo sobre los puertorriqueños fue un reconocimiento tardío de la importancia de esta creciente población. La demostración numérica del crecimiento de la población hispana y puertorriqueña en Orlando puede ser algo engañosa, porque los límites geográficos de la ciudad han cambiado a lo largo de los años a medida que ha incorporado comunidades aledañas. Con todo, llama la atención que la proporción de la población puertorriqueña de la ciudad de Orlando ascendió de poco más del 1 por ciento en 1980 a poco más del 9 por ciento en el 2000. Para el año 2010, los puertorriqueños representaban poco más del 13 por ciento de los residentes de Orlando. Entre los hispanos en general, la proporción aumentó de menos del 4 por ciento a más del 25 por ciento para el 2010.¹⁶

Una mirada a los condados adyacentes a Orlando también es útil para demostrar el impacto regional más amplio de este cambio demográfico. Las tablas 1 al 4 ilustran el cambio desde 1980 hasta el 2010 en el porcentaje de la población total, tanto para los hispanos como para los puertorriqueños en la ciudad de Orlando, así como en los condados de Orange, Osceola y Seminole. La evidencia más dramática del cambio está en el condado de Osceola, donde la comunidad hispana creció del 2 por ciento al 45 por ciento de toda la población. El condado de Orange, donde se encuentra Orlando, representa

¹⁵ Víctor Ramos, “The New Orlando –Between 2 Worlds”, *Orlando Sentinel*, 5 de febrero de 2006, p. 17. Al mismo tiempo, Jorge Duany y Félix Matos-Rodríguez publicaron los resultados de su estudio en *Puerto Ricans in Orlando and Central Florida*. Nueva York, Center for Puerto Rican Studies, Hunter College, 2006.

¹⁶ Las cifras citadas en este y el próximo párrafo provienen del U. S. Census Bureau, *1980 Census of the Population*, vol. 1, “Characteristics of the Population”; Census 1990 Summary Tape File 1, Census 2000 Summary File 1, y 2005-2009 American Community Survey 5-Year Estimates, generados por Patricia Silver, utilizando American FactFinder. [<http://factfinder.census.gov>], consultado el 28 de enero de 2011.

la comunidad más antigua, y allí la población hispana creció de alrededor del 4 por ciento a casi 27 por ciento en el 2010. El correspondiente cambio para los negros y blancos no hispanos en el condado de Orange fue de alrededor de 15 por ciento negro y 80 por ciento blanco en 1980 a 19 por ciento negro y 46 por ciento blanco en el 2010.

Al comenzar este crecimiento de la población hispana, la Florida apenas salía de la época de la segregación de Jim Crow. En el 2012, la división de Orlando entre áreas blancas y negras sigue siendo muy aparente y aún pueden verse banderas de la Confederación desplegadas ocasionalmente por camiones en el centro de la ciudad. Alrededor de la misma época en que la serie sobre “el Nuevo Orlando” comenzó a circular en el *Orlando Sentinel*, el Ku Klux Klan (KKK) organizó una marcha a través de la sección históricamente negra de Orlando para protestar “el crimen y la inmigración ilegal” y proteger a “los ciudadanos blancos de Orlando”. La estrategia colectiva impulsada por el *Orlando Sentinel* como respuesta a la marcha fue ignorarla y quedarse en casa. El día después de la marcha, el *Sentinel* informó que un grupo de alrededor de 500 residentes asistieron a la actividad y que, vigilados por 300 policías, los contraprotestantes ahogaron con sus gritos cualquier mensaje que los 22 marchantes hubieran querido difundir. Los residentes de Orlando, según este informe, se sentían complacidos de que el día hubiera terminado pacíficamente y que el Klan se hubiera ido del lugar. Haciéndose eco del comentario de mi amiga sobre el centro comercial demolido, “ya era hora” parece haber sido la respuesta colectiva a la sugerencia de que la historia de segregación y violencia del Klan en Orlando son cosas del pasado.¹⁷

¹⁷ *Orlando Sentinel*, February 17, 2006, p. B2; *Orlando Sentinel*, February 24, 2006, p. A18; *Orlando Sentinel*, February 26, 2006, p. B1. Para más información sobre la historia de la segregación en Orlando y las actividades del Klan, véase Brotemarkle, *op. cit.*; Colburn, *op. cit.*; Gary R. Mormino, *Land of Sunshine, State of Dreams: A Social History of Modern Florida*. Gainesville, University Press of Florida, 2005, p. 315; y Michael Newton, *The Invisible Empire: The Ku Klux Klan in Florida*. Gainesville, University Press of Florida, 2001.

TABLA 1
Población puertorriqueña e hispana en Orlando y
condados seleccionados de la Florida Central, 1980

CIUDAD	POBLACIÓN TOTAL	POBLACIÓN HISPANA	POBLACIÓN PUERTORRI- QUEÑA	HISPANOS (%)	PUERTORRI- QUEÑOS (%)
Orlando	128,291	5,024	1,493	3.92	1.16
Orange	471,016	19,726	6,682	4.19	1.42
Osceola	49,287	1,089	417	2.21	0.85
Seminole	179,752	5,157	2,079	2.87	1.16

Fuente: U. S. Census Bureau, 1980 Census of the Population, vol. 1, "Characteristics of the Population"; Census 1990 Summary Tape File 1, Census 2000 Summary File 1, y 2005-2009 American Community Survey 5-Year Estimates; American FactFinder, [<http://factfinder.census.gov>], consultado el 28 de enero de 2011.

TABLA 2
Población puertorriqueña e hispana en Orlando y
condados seleccionados de la Florida Central, 1990

CIUDAD	POBLACIÓN TOTAL	POBLACIÓN HISPANA	POBLACIÓN PUERTORRI- QUEÑA	HISPANOS (%)	PUERTORRI- QUEÑOS (%)
Orlando	161,112	10,820	7,035	6.72	4.37
Orange	662,085	49,540	34,223	7.48	5.17
Osceola	104,836	9,974	8,122	9.51	7.75
Seminole	282,158	13,235	9,502	4.69	3.37

Fuente: U. S. Census Bureau, 1980 Census of the Population, vol. 1, "Characteristics of the Population"; Census 1990 Summary Tape File 1, Census 2000 Summary File 1, y 2005-2009 American Community Survey 5-Year Estimates; American FactFinder, [<http://factfinder.census.gov>], consultado el 28 de enero de 2011.

TABLA 3
Población puertorriqueña e hispana en Orlando y
condados seleccionados de la Florida Central, 2000

CIUDAD	POBLACIÓN TOTAL	POBLACIÓN HISPANA	POBLACIÓN PUERTORRIQUEÑA	HISPANOS (%)	PUERTORRIQUEÑOS (%)
Orlando	185,951	32,510	17,029	71.48	9.16
Orange	896,344	168,361	86,583	18.78	9.66
Osceola	172,493	50,727	30,728	29.41	17.81
Seminole	365,196	40,731	19,609	11.15	5.37

Fuente: U. S. Census Bureau, 1980 Census of the Population, vol. 1, "Characteristics of the Population"; Census 1990 Summary Tape File 1, Census 2000 Summary File 1, y 2005-2009 American Community Survey 5-Year Estimates; American FactFinder, [<http://factfinder.census.gov>], consultado el 28 de enero de 2011.

TABLA 4
**Población puertorriqueña e hispana en Orlando y
 condados seleccionados de la Florida Central, 2010**

CIUDAD	POBLACIÓN TOTAL	POBLACIÓN HISPANA	POBLACIÓN PUERTORRI- QUEÑA	HISPANOS (%)	PUERTORRI- QUEÑOS (%)
Orlando	238,300	60,483	31,301	25.38	13.09
Orange	1,145,956	308,244	149,457	26.90	13.04
Osceola	268,685	122,146	72,986	45.46	27.16
Seminole	422,718	72,457	34,378	17.14	8.13

Fuente: U. S. Census Bureau, 1980 Census of the Population, vol. 1, "Characteristics of the Population"; Census 1990 Summary Tape File 1, Census 2000 Summary File 1, y 2005-2009 American Community Survey 5-Year Estimates; American FactFinder, [<http://factfinder.census.gov>], consultado el 28 de enero de 2011.

MEMORIA, RAZA E IDENTIFICACIÓN CULTURAL EN EL ORLANDO PUERTORRIQUEÑO

La historia de Puerto Rico comparte con la del sur de los Estados Unidos los contornos amplios de la conquista europea y la aniquilación de la población nativa, seguidas de la importación de esclavos africanos. Pero las clasificaciones raciales puertorriqueñas han reconocido históricamente una extensa gama de fenotipos basados en diferentes combinaciones de color de la piel, textura del pelo y rasgos faciales. Por ejemplo, Jorge Duany ha identificado 19 términos raciales distintos utilizados en Puerto Rico.¹⁸ Las historias orales puertorriqueñas que recopilamos en el 2008 y el 2009 dan testimonio de las preguntas planteadas implícitamente por esta historia compartida pero diferenciada. Entre estas, se encuentran las preguntas de cómo los individuos de origen puertorriqueño se han identificado racialmente en el contexto de la transformación demográfica de Orlando y cómo sus auto-identificaciones han sido o no desafiadas por los residentes más antiguos de la Florida Central.

Un aspecto significativo de las percepciones raciales de los puertorriqueños, tanto los nacidos en la Isla como en la diáspora, es el desarrollo histórico de una ideología de “democracia racial”, que puede encontrarse también en otras partes de Latinoamérica y se sostiene generalmente en contraste con la oposición binaria estadounidense entre negros y blancos.¹⁹ En la Isla, esta ideología promueve la visión de

¹⁸ Jorge Duany, “Neither White nor Black: The Representation of Racial Identity among Puerto Ricans on the Island and in the U.S. Mainland”, en *The Puerto Rican Nation on the Move: Identities on the Island and in the United States*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2002, pp. 236-260.

¹⁹ Aunque el fenotipo varía grandemente dentro de la población estadounidense, la tradición de la regla de “la gota de sangre” en Estados Unidos la separa de las tradiciones latinoamericanas y caribeñas. Véase, por ejemplo, H. Hoetink, “Race and Color in the Caribbean”, en Sidney Mintz y Sally Price (eds.), *Caribbean Contours*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985; Thomas E. Skidmore, “Bi-Racial U.S.A. vs. Multi-Racial Brazil: Is the Contrast Still Valid?”, *Journal of Latin American Studies*, vol. 25, no. 2, 1993, pp. 373-386; Lourdes Martínez-Echazabal, “Mestizaje and the Discourse of National/Cultural Identity in Latin America, 1845-1959”, *Latin American Perspectives*, vol. 25, no. 3, 1998, pp. 21-42; Helen I. Safa, “Introduction:

que todos los puertorriqueños descienden de tres “raíces” –la española, la africana y la india taína. El paradigma de las tres raíces se desarrolló como parte de la transformación política y económica de Puerto Rico a mediados del siglo XX. En esa época, una nueva constitución declaró que Puerto Rico era un Estado Libre Asociado a Estados Unidos y un programa económico gubernamental, conocido como Operación Manos a la Obra, transformó a Puerto Rico de una sociedad agrícola a una industrial. Al mismo tiempo, se diseñó un programa cultural, conocido como Operación Serenidad, para promover las relaciones sociales y las identificaciones culturales percibidas como importantes para el éxito del recién formado Estado puertorriqueño y su emergente economía industrial. La promoción de Puerto Rico como democracia racial formaba parte de este programa social.

A pesar del paradigma de las tres raíces, la iconografía puertorriqueña de su pasado agrícola frecuentemente se racializa como blanca. Por ejemplo, al viajar por las montañas de Puerto Rico a través de la autopista que conecta a San Juan en la costa atlántica con Ponce en la costa caribeña, el viajero pasa cerca de una estatua de piedra blanca en honor al jíbaro, el término usado tanto con nostalgia como desprecio para referirse al campesinado puertorriqueño. La colocación de este homenaje al jíbaro en las montañas es significativa, dado que las geografías de la raza en Puerto Rico sitúan a la gente blanca en el interior y a la negra en la costa. En efecto, la ideología de la democracia racial no excluye la preferencia por la blancura ni la asociación entre blancura y clase alta en Puerto Rico.²⁰

Al pedírseles que escojan entre negro y blanco en formularios oficiales como el censo, los puertorriqueños de la isla y la diáspora confrontan un dilema. En el 2010, alrededor del 75 por ciento de los puertorriqueños que participaron en el censo de

Race and National Identity in the Americas”, *Latin American Perspectives*, vol. 25, no. 3, 1998, pp. 3-20; Carlos Vargas-Ramos, “Black, Trigueño, White...? Shifting Racial Identifications among Puerto Ricans”, *Du Bois Review*, vol. 2, no. 2, 2005, pp. 267-285; Isar Godreau, “Slippery Semantics: Race Talk and Everyday Uses of Racial Terminology in Puerto Rico”, *CENTRO: Journal of the Center for Puerto Rican Studies*, vol. 20, no. 2, 2008, pp. 5-33.

²⁰ Véase, por ejemplo, Godreau, *op. cit.*

Puerto Rico se identificó como blanco.²¹ Sin embargo, los migrantes puertorriqueños a Estados Unidos han encontrado geografías y relaciones sociales marcadas por percepciones de la etnicidad y la raza que difieren notablemente de las dominantes en Puerto Rico. Los puertorriqueños que viven fuera de Puerto Rico han experimentado un racismo más extenso y profundo, por lo que las memorias raciales tienden a diferir sustancialmente entre puertorriqueños nacidos en la Isla y en la diáspora, independientemente de cuánta variación fenotípica puedan encarnar.

Varios de los participantes en las historias orales que llegaron a la Florida Central antes de la década de 1960 describieron lo que parecía ser su asimilación a la sociedad blanca estadounidense. A pesar de una referencia pasajera a mantener el pelo corto o a reacciones de los residentes establecidos que pensaban que los inmigrantes tenían un acento “mono”, sintieron un choque frente a la segregación racial que encontraron en la Florida y afirmaron que no la experimentaron personalmente. Por ejemplo, Monserrate Pou González llegó a Sanford, justo al norte de Orlando, en el condado de Seminole, a mediados de la década de 1940. Su hermana estaba casada con un soldado destacado en Sanford y ella se fue a vivir con ellos. Aunque no tenía memorias de racismo dirigido en su contra, el relato sobre su trabajo como enfermera en Sanford evoca memorias raciales de Puerto Rico para explicar lo que encontró en la Florida Central.

En casa [en Puerto Rico] había algo así –no tanto– pero había clubes a los que solo iba la gente blanca. No negros. Solo los ricos y los blancos. Así que para mí no era tan malo como aquí porque [en la Florida] había fuentes para los blancos y fuentes para los negros, para tomar agua... Y entonces los hospitales en la isla, no estaban segregados –todo el mundo estaba en la misma habitación. Pero

²¹ U.S. Census 2010, “Race and Hispanic or Latino Origin”, Summary File 1. Al momento de redactar este artículo, no existían cifras comparables para los puertorriqueños en la Florida Central. Sin embargo, en el censo del 2000, el 63 por ciento de los puertorriqueños en la Florida Central se identificó como blanco y, entre estos, los nacidos en Puerto Rico representaban un 68 por ciento y los nacidos en Estados Unidos un 57 por ciento (Duany y Matos-Rodríguez, *op. cit.*, p 17).

aquí tenían habitaciones grandes para ellos, habitaciones largas con seis u ocho camas en ellos, solo para los negros.

La referencia a “No negros. Solo los ricos y los blancos” descansa en un sistema de clasificación racial en que las relaciones de clase impactan la identificación racial. Pou González continuó hablando de un médico negro de Sanford que siempre entraba al hospital por la puerta de atrás. Sus memorias raciales de Puerto Rico tenían poco que ver con esta experiencia en la Florida Central.

Alrededor de la misma época en que Pou González llegó a Sanford, la División de Migración del Departamento del Trabajo de Puerto Rico comenzó a colaborar con patronos estadounidenses que requerían mano de obra, para reducir el desempleo en Puerto Rico, durante su transición de una economía agrícola a una industrial. Aproximadamente 500,000 trabajadores agrícolas se desplazaron de Puerto Rico a las fincas y fábricas de Estados Unidos desde finales de la década de 1940 hasta la década de 1960. A pesar de una breve temporada en el área de Miami, el programa de trabajadores agrícolas puertorriqueños no prosperó en la Florida.²² Como señala un informe de 1956, la política del gobierno de Puerto Rico era rechazar contratos en estados con leyes de segregación y enviar a los trabajadores puertorriqueños al norte de Estados Unidos. No obstante, este informe se refiere a las prácticas no autorizadas por parte de compañías estadounidenses, que reclutaban directamente a los trabajadores puertorriqueños mediante agencias de empleo estadounidenses que colocaban anuncios en periódicos puertorriqueños sobre empleos disponibles en el sur de los Estados Unidos. El informe apunta en particular hacia patronos en la Florida que anunciaban puestos para trabajadores agrícolas y empleadas domésticas.²³

²² La información sobre el programa de Miami puede encontrarse en Division of Reports and Analysis, *Puerto Rican Farm Workers in Florida: Highlights of a Study*. Washington, D.C., U.S. Department of Labor, Bureau of Employment Security, 1953.

²³ Petroamérica Pagán de Colón, *Programa de trabajadores migratorios de Puerto Rico a los Estados Unidos*. San Juan, Departamento del Trabajo, Estado Libre Asociado de Puerto Rico, 1956.

Las políticas de la División de Migración indican al menos un reconocimiento de parte del gobierno de Puerto Rico de que los trabajadores puertorriqueños podían racializarse como no blancos en el contexto del sur de los Estados Unidos. En efecto, es evidente la confusión causada a una población segregada en la Florida por un “arco iris” hispano en la década de 1960. Un artículo del *St. Petersburg Times* resume el dilema que los funcionarios escolares enfrentaban en un sistema segregado, al tratar de colocar a los niños hispanos en escuelas apropiadas.

¿Cómo clasificar a un niño mexicano con sangre española e india en sus venas? ¿O una niña cubana cuyo árbol genealógico incluye un irlandés y un negro? ¿O un puertorriqueño que puede trazar su ascendencia caucásica por varios siglos, pero cuyo color de piel es más oscuro que el de muchos negros nacidos en la Florida?²⁴

Dada la amplia gama de fenotipos en Puerto Rico, las políticas de la División de Migración plantean interrogantes sobre los rasgos raciales de aquellos trabajadores puertorriqueños que decidieron irse a la Florida con contratos privados, aparte de los programas de la División. Hay poca evidencia documental para contestar esta interrogante, pero el tío de uno de los participantes en el proyecto de historia oral se encontraba entre los trabajadores agrícolas puertorriqueños que se fueron a la Florida y ella recordaba su pigmentación clara: “Era alto y tenía los ojos verdes y el pelo rubio. No era un trabajador agrícola típico”. La descripción no solo subraya los rasgos caucásicos de este migrante puertorriqueño en la Florida, sino que el reclamo de que “no era un trabajador agrícola típico” también sugiere la racialización de los trabajadores agrícolas puertorriqueños como no blancos. A pesar de la imagen nostálgica de los jíbaros blancos, la imaginación popular representa a los puertorriqueños rurales que emigra-

²⁴ Jack Alexander y Don Sider, “A Slight Case of Color-Blindness: Maintaining Segregation Isn’t a Simple Matter of Black and White, but a Great, Confusing Grey Dilemma for Manatee County Schools”, *St. Petersburg Times*, December 2, 1962, p. 5.

ron a Estados Unidos a mediados del siglo XX como personas de piel oscura.

Tales percepciones forman parte de las dinámicas raciales del Orlando puertorriqueño, especialmente porque alrededor de la mitad de los puertorriqueños en el área de Orlando desciende de los que se fueron a otras partes de Estados Unidos entre las décadas de 1940 y 1960.²⁵ Como se describió anteriormente, los puertorriqueños que han vivido en comunidades diaspóricas estadounidenses han experimentado formas más directas y brutales de racismo y, por ende, son más propensos a verse a sí mismos como no blancos que los de Puerto Rico. Mientras los puertorriqueños de la Isla utilizan frecuentemente el término “Nuyorican” como una etiqueta racial y clasista peyorativa para los puertorriqueños diaspóricos, estos últimos a veces ven a sus contrapartes nacidos en la Isla como racistas.

El relato de un participante en las historias orales, que llegó a Orlando directamente desde Puerto Rico en la década de 1960, provee evidencia adicional de las identificaciones raciales y de clase que la imaginación popular les asigna a los que se fueron de la Isla en esa época. Este participante no era un trabajador agrícola migrante; su ocupación lo catalogaría como “profesional” tanto en Puerto Rico como en la Florida, antes y ahora. Él recuerda la sorpresa expresada por unos conocidos en la Florida al enterarse de dónde venía.

La mayor parte del tiempo, tú sabes, la mayoría de los puertorriqueños que se mudaron a los Estados Unidos eran de los estratos más bajos. Y muchos de ellos eran negros –así que cada vez que decíamos que éramos puertorriqueños, no nos creían. “Porque son blancos. ¿Cómo pueden ser puertorriqueños?”

²⁵ Según el Censo del 2000, alrededor del 56 por ciento de los puertorriqueños en los condados de Orange, Osceola y Seminole nació en Puerto Rico. Alrededor del 29 por ciento nació en otros estados y un 13 por ciento nació en la Florida. Debido al patrón de movimiento de Puerto Rico al norte de Estados Unidos a mediados del siglo XX y del norte de Estados Unidos a la Florida a partir de la década de 1970, el lugar de nacimiento es solo una medida aproximada de la generación de los inmigrantes. Census 2000 Summary file 4 (SF4) –Sample Data.

Sus nuevos conocidos se sorprendían al enterarse de que este hombre que percibían como blanco fuera puertorriqueño, una identidad que aparentemente atribuían a la categoría de no blanco. Por su parte, él parece haber entendido tal confusión al referirse a su origen en una clase social diferente a “la mayoría de los puertorriqueños que se mudaron a los Estados Unidos”.

Como sugiere el pasaje anterior, para algunos de los migrantes que han vivido mayormente en Puerto Rico, puede ser un choque enterarse de que, en su nuevo hogar, los residentes establecidos los perciben como no blancos. Según lo formuló una mujer que llegó al área de Orlando en la década de 1980:

Aquí me definen lo que es negro y lo que es blanco para los floridianos. Y creo que soy blanca porque soy blanca, de la raza blanca, porque no hay gente negra en mi familia. ¿Y dónde encajo aquí? Para el floridiano, todos los hispanos, todos los que hablan español, son una mezcla de negro y blanco y no sirven para nada... Es una posición muy, muy delicada.

Las cosas pueden ser igualmente confusas para los puertorriqueños que provienen de comunidades diaspóricas en el norte. Muchos han llegado a Orlando para descubrir que son objeto de desprecio de los floridianos de todos los colores porque son considerados nortños y frecuentemente de otros puertorriqueños que definen a todos los descendientes de aquellos jíbaros que se fueron al norte de los Estados Unidos como “Nuyoricans”.

En resumen, prácticamente todos los puertorriqueños que llegan a Orlando, tanto los nacidos en la Isla como en la diáspora, confrontan prácticas y relaciones raciales que resultan ajenas a su experiencia previa. Los puertorriqueños de distintos trasfondos llevan diferentes memorias de experiencia racial a Orlando y la Florida Central y, una vez allí, deben relacionarse entre sí y con otros grupos raciales. Todo esto es parte del campo en que los puertorriqueños deben definir su lugar en el mundo racializado de Orlando. Su experiencia está rehaciendo a Orlando a la vez que Orlando rehace la experiencia puertorriqueña.

ENCUENTROS RACIALES EN EL NUEVO ORLANDO

La antropóloga puertorriqueña Isar Godreau ha examinado y articulado las maneras en que los puertorriqueños “crean y recrean las coordenadas de la raza mientras entran en conversación para ser estratégicamente esencialistas o ambiguos”. También ha identificado que los puertorriqueños en Puerto Rico, en contraposición a la dicotomía entre blancos y no blancos, tienden a clasificar la raza como negra o no negra.²⁶ Como subtexto de los relatos citados aquí, vemos algo de la distinción entre negros y no negros entre algunos puertorriqueños, así como una búsqueda de las conexiones entre negros y latinos entre otros. Esta sección examina cómo los puertorriqueños en Orlando han barajado el esencialismo estratégico con la ambigüedad en sus esfuerzos por construir espacios raciales para sí mismos, así como lo han hecho los residentes más antiguos de Orlando.

El relato de Patricia González Durocher ofrece evidencia de estrategias tempranas para intervenir en los códigos biraciales de la Florida. Cuando González Durocher se mudó a Orlando con su esposo ex militar en 1951 –mientras la segregación estaba firmemente en vigor–, se mudaron a una casa en la sección blanca de la ciudad. Al otro lado de la calle vivía una familia libanesa y ambas familias hicieron amistad. Aunque González Durocher no recuerda haber sentido racismo en su contra, su hija recuerda que siendo una niña, durante las décadas de 1950 y principios de 1960, identificaba a su madre como española en vez de puertorriqueña cuando hablaba con sus amistades. Como derivado de europeo, el término de “español” le ofrecía a la hija una identificación como blanca en un sistema binario blanco/negro. Ella también se preguntaba si las dos familias se hicieron amigas por compartir un sentido de ser “extranjeras”, lo cual entendí como una manera de buscar una identificación que le permitiera expresar la ambigüedad que sentía.

Relatos posteriores del Orlando puertorriqueño incluyen reclamos del pasado español de la Florida como parte de la creación de un espacio puertorriqueño dentro de los

²⁶ Godreau, *op. cit.*, pp. 27, 23.

códigos raciales del presente. Muchos se refieren al hecho de que Juan Ponce de León se embarcó desde Puerto Rico en el viaje que resultaría en el descubrimiento de lo que es ahora la península de la Florida en 1513.²⁷ Mezclando historia, memoria e identificación personal, un hombre puertorriqueño describió su propia inserción en un espacio tradicionalmente blanco de Orlando, cuyo pasado más remoto era español, logrando a la vez incorporar su propio trasfondo español en la historia de Orlando mientras se disasociaba del pasado racista de la ciudad:

Cuando se fundó la ciudad, el lado oeste era para los afroamericanos y el lado este era para los blancos. Sorpresa en el año 2008 y cómo ha cambiado. No lo ha hecho. La oficina que vemos hoy que yo compré en el 1981, cuando obtuve el título original, el lugar, esta área se llamaba Rolando Estates, porque era propiedad de un antiguo dueño español que la había fundado aquí hace muchos, muchos años antes de que se convirtiera en una ciudad cracker.²⁸ Pero decía que esta propiedad, cuando se compró originalmente en 1939, solo podía venderse a gente de origen caucásico. Admito que cuando la compré en 1981, eso no aplicaba, pero me pareció bastante interesante que esta era un área blanca, restringida.

Este relato apunta también hacia un lazo con los negros, cuando procede a señalar que “el primer grupo en salir y decir ‘les ayudaremos’ no fue la comunidad blanca sino la comunidad afroamericana”. Dada la historia de la segregación *de facto* de los puertorriqueños en las comunidades diaspóricas del norte, este relato también puede leerse como una contribución a las construcciones puertorriqueñas de la Florida como un espacio nuevo y transformador.

²⁷ Esta referencia será más insistente durante la conmemoración del quinto centenario de la conquista española de la Florida en el 2013.

²⁸ *Cracker* es un término usado comúnmente en la Florida para referirse a los blancos que se establecieron allí durante el siglo XIX procedentes de otros estados del sur. Véase Michael Gannon, *A New History of Florida*. Gainesville, University Press of Florida, 1996.

Las construcciones puertorriqueñas de la raza en Orlando también pueden hacerse y leerse en el contexto de discursos locales con largas historias. Los residentes establecidos aplican viejas categorías y definiciones a sus interpretaciones de las dinámicas sociales del nuevo Orlando. A su vez, los nuevos residentes se apropian de las memorias locales que encuentran y las utilizan para establecer su propio lugar. En este proceso, los eventos se leen a través de los lentes de memorias divergentes y estas lecturas forman parte de la codificación racial y las identificaciones culturales emergentes en el nuevo Orlando.²⁹

Por ejemplo, el lenguaje de la marcha del KKK, descrita anteriormente, empleaba el discurso de la supremacía blanca contra las poblaciones inmigrantes, incorporándolas al rechazo global del Otro en defensa de los estadounidenses blancos. Aunque la mayoría de los residentes de Orlando no abrazaría abiertamente el discurso del Klan, surgieron expresiones solo ligeramente más moderadas durante los testimonios para las vistas públicas sobre el proceso de reconfigurar los distritos electorales en el 2011. Una mujer en particular se levantó y explicó que su familia ha estado en un área de Orlando desde la década de 1780. Procedió a criticar los esfuerzos por crear distritos electorales definidos racial y étnicamente, defendiendo su perspectiva al decir que para el año 2020 el condado de Orange tendría que tener ocho distritos en vez de los seis actuales: “¡uno para los hispanos, uno para los negros, uno para los asiáticos, uno para los musulmanes y cuatro para nosotros los verdaderos americanos!”

Por otro lado, poco después de la aplastante victoria del Partido Republicano en las elecciones del 2010, la Florida encabezó a la nación en un esfuerzo legislativo por imponer nuevas regulaciones estrictas sobre la inscripción de votantes, perjudicando a la gente que se muda frecuentemente e imponiendo multas severas por su incumplimiento. Especialmente tras las ejecuciones de hipotecas en la Florida, esta movida

²⁹ Para una discusión de cómo leer los eventos pasados a través de los múltiples lentes de la memoria, véase Alessandro Portelli, *The Death of Luigi Trastulli and Other Stories: Form and Meaning in Oral History*. Albany, SUNY Press, 1991.

se ha entendido ampliamente como una manera de limitar el acceso de las minorías a su derecho al voto. En respuesta, la entonces presidenta del Partido Demócrata del condado de Orange (una mujer puertorriqueña del Bronx), acudió a la memoria colectiva de las prácticas de la supremacía blanca en un llamado por correo electrónico a la acción con el mensaje introductorio, “¡¡Simplemente dile NO a la supresión de los votantes y las leyes de Jim Crow en la Florida!!”

Para muchos puertorriqueños diaspóricos, especialmente los procedentes de Nueva York, tales reclamos de solidaridad con las luchas afroamericanas provienen de largas memorias de identificación como una minoría racial y de la profunda participación en las alianzas entre negros e hispanos.³⁰ Sin embargo, los afroamericanos en la Florida Central no siempre abrazan la supuesta solidaridad con los hispanos expresada en este llamado a la acción. Los negros han expresado su preocupación de que la nueva población “minoritaria” de hispanos podría amenazar sus logros tras décadas de luchas por los derechos civiles.³¹ Haciéndose eco de las identificaciones raciales expresadas en varias historias orales puertorriqueñas, una mujer afroamericana le dijo a un periodista del *Orlando Sentinel* en 2001, “muchos hispanos... se consideran a sí mismos blancos”.³² A su vez, los puertorriqueños de Nueva York expresan su frustración cuando sus esfuerzos por establecer lazos de solidaridad interracial en Orlando son rechazados. Reformulando las identificaciones raciales en términos de clase, muchas veces me han dicho, “Nos criamos juntos en Nueva York. Todos éramos pobres”.

No obstante, Orlando no es Nueva York y las memorias afroamericanas de la violencia del Klan no se han arraigado tan fácilmente como el centro comercial de la década de 1960, mencionado anteriormente. Las historias orales de

³⁰ Véase, por ejemplo, Arlene Dávila, *Barrio Dreams: Puerto Ricans, Latinos, and the Neoliberal City*. Berkeley, University of California Press, 2004.

³¹ Para análisis de las tensiones entre negros y latinos en otros lugares, véanse, por ejemplo, Alejandro Portes y Alex Stepick, *City on the Edge: The Transformation of Miami*. Berkeley, University of California Press, 1993, y Dávila, *op. cit.*, sobre la ciudad de Nueva York.

³² Jeff Kunerth y Sherri M. Owens, “Hispanics Reshape Civil-Rights Agenda”, *Orlando Sentinel*, July 1, 2001, p. A1.

la comunidad afroamericana de Orlando incluyen relatos de cruces quemadas, intimidación de votantes, linchamientos y otras formas de violencia contra los negros en la Florida Central.³³ En el 2008, cuando el entonces candidato presidencial Barack Obama visitó Orlando, la fila para escucharlo empezó a formarse seis horas antes de su llegada. A pesar de esta muestra de apoyo, un guardia de seguridad afroamericano con el que conversé se refirió a sus propias memorias del viejo Orlando en que se había criado. Cuando vio la pegatina de Obama en mi carro, me preguntó si no tenía miedo de conducir con ella. “Votaré por él”, me dijo, “pero no tendría eso en mi carro”.

LA EDUCACIÓN EN BLANCO Y NEGRO

Para reformular las preguntas con que abrió este artículo, ¿cómo han entendido los puertorriqueños los “enredos” del pasado y el presente sureño y hasta qué punto han logrado interpretar la historia como una intervención en el presente? ¿Cómo han identificado, confrontado, acomodado y empleado el pasado racial de Orlando y de la Florida, mientras se han convertido en la mayoría de la población hispana de la Florida Central?

El caso de la integración escolar en el condado de Orange sirve es un ejemplo de la manera en que los puertorriqueños establecidos allí pueden “invocar y ser parte de su pasado”, en sus esfuerzos por identificarse racialmente en la Florida Central y crear su propio lugar en el actual Orlando. En febrero de 2009, un artículo del *Orlando Sentinel* retomó el asunto de las escuelas segregadas, para puntualizar que 14 de 34 distritos escolares en la Florida aún tenían demandas legales en su contra por incumplimiento durante más de 50 años después del caso *Brown v. Board of Education*.³⁴ El condado de Orange tenía el mayor número de tales distritos. El artículo señalaba que algunos distritos parecían haber olvidado las de-

³³ Brotemarkle, *op. cit.*

³⁴ En el caso de *Brown v. Board of Education* (1954), la Corte Suprema de Estados Unidos dictaminó que la segregación racial de los estudiantes en las escuelas públicas era inconstitucional. (N. del T.)

mandas pendientes, mientras otros simplemente ignoraban el problema para evitar atar “los cabos sueltos legales”.³⁵

En abril de 2009, una serie de artículos trató el cierre y apertura de varias escuelas y cuestionó si se había seguido una regulación que databa de la era de la desegregación. La regulación requería que un comité bi-racial de cinco miembros blancos y cinco negros supervisara las decisiones sobre la clausura y construcción de escuelas. Un artículo señaló que el comité solo tenía un total de cinco miembros y que uno de los miembros blancos era el único que había asistido a la última reunión. Este miembro había autorizado que se procediera con el cierre de seis escuelas y la creación de dos en un vecindario negro de bajos ingresos.³⁶ En resumen, este era un pedazo de historia que se había olvidado, pero las presiones de los cierres de escuelas en una época de descenso económico llevaron a reconstituir el comité.

Las cartas al editor del *Orlando Sentinel* en los próximos días y semanas cuestionaron el propósito de un comité bi-racial en el 2009. Pronto surgió la cuestión de si el comité debía o no incluir miembros hispanos. Un representante de distrito citó una orden del tribunal de 1964 que formaba el comité bi-racial, para explicarles a los hispanos que, si querían estar representados en el comité, debían escoger si eran blancos o negros. Los protestantes puertorriqueños citados en el periódico cuestionaron si el color “cobrizo” (o trigueño) era blanco o negro. Un grupo de activistas encabezados por puertorriqueños argumentó a favor de la inclusión de hispanos en el comité porque estos representaban casi un tercio de los estudiantes. El presidente de la Asociación Nacional para el Avance de la Gente de Color (NACCP, por sus siglas en inglés) argumentó que los hispanos tienen una junta asesora y que no forman parte de esta cuestión de naturaleza histórica. El complejo asunto de las demandas legales no se dilucidó finalmente hasta agosto del 2010, pero sobre la marcha, en marzo, el

³⁵ Dave Weber, “Vestiges of Segregation? After 50 Years, Lawsuits over the Integration of Florida’s Public Schools Still Linger”, *Orlando Sentinel*, February 15, 2009, p. B1.

³⁶ Erika Hobbs, “Orange Botched School Closures”, *Orlando Sentinel*, April 8, 2009, p. A1.

juez desestimó los reclamos de inclusión de los puertorriqueños en el comité bi-racial, señalando que la decisión quedaba en manos del distrito escolar y no de los tribunales.³⁷

Es en estas dinámicas que se está desarrollando la latinización demográfica y cultural en Orlando. Con sus memorias y silencios, la historia racial de Orlando sigue amoldando las respuestas presentes a la diversificación racial y étnica de la población de la ciudad. La oposición binaria entre negros y blancos que marca las memorias raciales de los floridianos establecidos por largo tiempo forma parte del campo social actual que los puertorriqueños deben navegar mientras intentan establecer su lugar en los mundos sociales, políticos y económicos de Orlando. Al escucharse el testimonio de puertorriqueños a todos los niveles gubernamentales durante las vistas públicas del 2011 sobre la reconfiguración de los límites de los distritos electorales a la luz de los datos censales del 2012, la memoria de lo que ahora se llama simplemente “el asunto birracial” contribuyó a las interpretaciones que trajeron del pasado para sus reclamos del futuro de Orlando y la Florida Central.

CONCLUSIÓN: CONSTRUIR LA RAZA Y ENCONTRAR UN LUGAR

Ya sea mediante la frase “ya era hora”, emitida en una conversación casual entre amistades o el esfuerzo comunal por silenciar los ecos racializados de un pasado violento, las memorias individuales y colectivas se desarrollan en las dinámicas de la construcción actual de las relaciones sociales y los significados culturales en el reciente paisaje multicultural y urbano de Orlando. Hoy día, la ciudad representa un ambiente urbano con un ritmo acelerado, donde muchos recuerdan un paisaje dominado por naranjales y donde el dependiente de una tienda todavía llama a su cliente “corazón”. Es una localización de la Florida cuya población hispana es predominante-

³⁷ Victor Ramos, “To Join Biracial Panel, Choose a Race, Orange Tells Hispanics”, *Orlando Sentinel*, April 24, 2009, p. A1; “Hispanics Should Have a Say in School Plan”, *Orlando Sentinel*, May 7, 2009, p. A14; Erika Hobbs, “Judge: I Need More Facts before Deciding School-Desegregation Case”, *Orlando Sentinel*, March 2, 2010, p. A1.

mente puertorriqueña en vez de cubana. En esta mezcla de lo tradicional y lo moderno, de lo típico y lo atípico, hay mucho que aprender del examen de cómo se usa el pasado en construcciones del presente y cómo las memorias de la experiencia racial de diferentes pasados se convierten en elementos activos en las luchas contemporáneas sobre las relaciones sociales en el nuevo Orlando.

El proceso de reconfigurar los distritos electorales en el 2011 para Orlando y la Florida Central sirve como ilustración final de estas dinámicas y como un escenario provocativo para explorar nuevas direcciones teóricas para leer la diáspora en el siglo XXI. Durante las vistas para reconfigurar los límites de los distritos por parte de la legislatura de la Florida en Orlando, varios pastores afroamericanos e Orlando con una larga historia en el activismo por los derechos civiles en la Florida, expresaron su preocupación de que sus logros ganados con mucho esfuerzo estaban amenazados por el proceso de restablecer las líneas de los distritos y por las leyes de supresión de votos. Efectivamente, en el condado de Orange, el censo de 2010 planteó la posibilidad muy real de que los hispanos pudieran ganar un distrito con un 53 por ciento de la población y que el distrito afroamericano pudiera reducirse por debajo de 50 por ciento a un 43 por ciento, por primera vez en treinta años.³⁸

No obstante, algunos de estos testimonios afroamericanos buscaban establecer alianzas con los puertorriqueños, clasificando implícitamente a esta población hispana como “no blanca”. Junto a su demanda de que no se diluyera el voto afroamericano, se referían al testimonio igualmente poderoso de los muchos puertorriqueños presentes y le pidieron a la Legislatura que no opusiera “una minoría a otra minoría”. Argumentaron en términos fuertes que el crecimiento de la población de la Florida se debía a los negros e hispanos y que el nuevo mapa del Congreso debía reconocer esa tendencia al otorgarle un distrito a cada grupo. Cuando el comité asesor para restablecer los límites de los distritos del condado de Orange rechazó todas las propuestas de mapas públicos

³⁸ Mark Schlueb, “Hispanics Gain on Orlando’s East Side; Blacks May Lose Majority District”, *Orlando Sentinel*, October 3, 2011.

que mantenían al distrito afroamericano y creaban uno hispano en ese condado, se formó una coalición entre negros e hispanos en protesta. Bajo presión, el comité restituyó una propuesta del mapa público, elaborada por un afroamericano, que designaba un distrito mayormente hispano y un distrito mayormente afroamericano en el condado de Orange. La alianza se fortaleció cuando la Comisión del Condado de Orange votó a favor de su propio mapa a expensas de la propuesta pública.

Las preguntas sobre la formación de la comunidad puertorriqueña en Orlando y la Florida Central quizás puedan entenderse mejor a través de lo que Juan Flores ha llamado “diásporas entrelazadas” (*interlocking diasporas*).³⁹ La expresión de Flores se refiere específicamente a la población caribeña de Estados Unidos y especialmente a los puertorriqueños.⁴⁰ La frase también refleja la noción de Earl Lewis sobre las “diásporas superpuestas” (*overlapping diasporas*), con las que analizó (1) el desarrollo de una identificación cultural afroamericana a partir de las prácticas y creencias de diversos pueblos y (2) los mundos interseccionados definidos por raza, clase y otros marcadores sociales que formaron el campo del que surgieron las identificaciones culturales afroamericanas.

Todo lo anterior puede verse como memorias generadas por experiencias divergentes de la diáspora –de norte a sur, tanto europeas como africanas y latinoamericanas. En el nuevo Orlando, las memorias divergentes de estas “diásporas entrelazadas” forman parte del campo que navegan los puertorriqueños. Las diásporas son “desordenadas” y, lejos de ser monolíticas o singulares, se forman en una “dialéctica de continuidad y cambio”.⁴¹

A pesar de la aparente novedad del paisaje de Orlando, los puertorriqueños y otros hispanos deben responder a la memoria y actualidad de los discursos históricos y las

³⁹ Juan Flores, *The Diaspora Strikes Back: Caribeño Tales of Learning and Turning*. Nueva York, Routledge, 2009.

⁴⁰ Earl Lewis, “To Turn as on a Pivot: Writing African Americans into a History of Overlapping Diasporas”, *American Historical Review*, vol. 100, no. 3, 1995, pp. 765-787.

⁴¹ Flores, *op. cit.*, pp. 16-17.

prácticas sociales, que a veces escogen adoptar para sus propios fines. Es lo que Cobb ha llamado “no solo el peso sino la complejidad de la carga de la historia sureña”, que puede ayudarnos a analizar la racialización de los puertorriqueños en Orlando y la Florida Central y desde ahí abrir un espacio para análisis más profundos y geográficamente específicos de la latinización, la raza y las identificaciones culturales en el sur de los Estados Unidos.⁴²

Manuscrito recibido: 11 de noviembre de 2011

Manuscrito aceptado: 23 de diciembre de 2011

⁴² Cobb, *op. cit.*, p. 336.